



Sobre Fabián Herrera León, Itzel Toledo García y Laura Beatriz Moreno Rodríguez (coords.), *Mujeres y relaciones internacionales en el siglo XX: historia y presencia en un mundo en transición*, Ciudad de México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2024, 354 pp., ISBN: 978-607-446-319-4

Es de celebrar el empecinamiento que tienen (tenemos) algunos en movilizar el pensamiento y la acción, la acción de investigar, reflexionar, reunir datos, disponer cuerpos de teoría, conjeturas y refutaciones, reflexiones e interpretaciones, y echarlas a andar en un libro. En una cultura digitalizada, una vida mediada tecnológicamente, en una era de simulacros, al decir de Baudrillard, la autenticidad se celebra, investigar y escribir se erigen como auténticos actos de insubordinación a lógicas del *like* y los *followers*, un acto de insubordinación a las apremiantes tendencias mercadológicas que nos condenan a las pantallas y a la ceguera de una mirada rápida, entretenida fugazmente, acrítica en su velocidad. Y escribir, entonces, abre las posibilidades de recuperar, para lo que aquí nos reúne, los lenguajes que habitamos y desde allí, la historia detrás de la historia, otras voces, otros términos en la conversación, como bien señala Joan Scott. En la perspectiva de esta historiadora, el género no es sólo una categoría útil para el análisis histórico, sino que es desde las dimensiones sociales y culturales que lo instauran, una herramienta crucial para comprender

la historia y las relaciones de poder. Y eso, creo yo, es lo que *Mujeres y Relaciones Internacionales en el siglo XX: historia y presencia en un mundo en transición* moviliza. Como señala Fabián Herrera en su estudio introductorio, se trata de “recuperar las historias sobre mujeres en el ámbito iberoamericano que trascendieron la estrechez de su época y su espacio para alcanzar posiciones de acción” a escala internacional, abriéndose paso ellas mismas, desde sus propios esfuerzos, y dejando un sendero trazado para las que pudieran y quisieran transitarlo, expandirlo, diversificarlo, desplegarlo, sorteando obstáculos y barreras, desde sus posibilidades intelectuales, espirituales y desde la potencia política encaramada en las conquistas colectivas y diversas del propio género y su historia.

Escribir es también un acto político, un poder del que se invisten los relatos en su insistencia significativa. Por eso, Feliú insiste también en poner a proliferar nuevas formas literarias para la escritura de las ciencias sociales. Y señala: es imperioso abandonar una escritura “hecha por nadie y desde ningún lugar”, promover una escritura en la que el investigador está implicado y se responsabiliza

personalmente desde los procesos que describe, desde las narrativas ajenas que se tejen con la propia. Propone una introspección sociológica sistemática que permita revivir las emociones ligadas a una vida en particular, para documentar el día a día de toda una forma de vida, permitiendo captar el proceso de construcción social de la vida cotidiana. Ya lo anticipaba, además, al iniciarse la década del 1960, Charles Wright Mills, quien deja un legado para todas las ciencias sociales, desde su propuesta en la *Imaginación sociológica*, cuando advierte que la tarea del investigador “permite captar la historia, la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad”, para luego enfatizar que cualquier “estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, no ha terminado su jornada intelectual”. Biografía e historia, tal como se conjugan en el libro que hoy nos reúne.

Pienso en Mary de Gournay, quien ya desde el siglo XVI, irrumpía en la escena androprotagonizada de los salones literarios parisinos para darle forma a un feminismo que busca afirmar, como el título de su obra lo anticipa, la igualdad de los hombres y las mujeres. Reflexionando sobre los mecanismos que desacreditaban la palabra de las mujeres, denuncia públicamente la sumisión de su sexo, desmonta estereotipos misóginos que menosprecian a la mujer e identifica las formas en que se las infravalora. Su técnica fue ingeniosa: tomaba obras de autores masculinos y con estos argumentos e ideas, afianzaba sus propias percepciones en torno a la cuestión del género: disparaba las palabras masculinas contra sí mismas para derribar su centralidad opresiva y censurante, convirtiéndolas en espacios de lucha, denuncia y resistencia. Desde el lacerante “poder suave” del discurso, que en realidad nunca ha sido suave, ni lo es, en su materialidad hecha de lenguajes, se tejen las relaciones de poder y en el nombrar, una estrategia ontológica primordial e inaugural, porque allí se instala el dispositivo de la instauración de la realidad que al ser nombrada, relatada, narrada, emerge como posibilidad concreta. En 1626 publica el ensayo *Quejas de las mujeres*, en el cual postulaba la igualdad absoluta entre los sexos, defendiendo el acceso igualitario de las mujeres a la educación y a los puestos públicos. Aquí el privilegio

de pertenecer a la aristocracia mutó en trinchera...

Tal como se despliega en las páginas de *Mujeres y Relaciones Internacionales en el siglo XX...*, la perspectiva de género no puede ser definida como una mera categoría analítica, porque eso supone pensarla como una abstracción que permitiría explicar un cierto orden empírico... No estoy de acuerdo: es un posicionamiento, epistemológico, ontológico e incluso político, que implica tener en cuenta la desigualdad y la diferencia en virtud de la asignación de un género a causa del sexo, lo que a su vez implica dismantelar la naturalización incuestionada, precisamente, de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, definición de roles, definiciones esencialistas en torno a las actividades, características, identidades o relaciones en función del sexo, etc. Por eso contar la historia de mujeres, es contar otra historia, requiere un ejercicio historiográfico que incomode a la historia androcentrada, requiere abrir biografías, puertas y ventanas de una vida cotidiana algo olvidada tras ciertos grandes acontecimientos, eventos que eclipsan los procesos de lucha en su devenir procesual, precisamente, en su deriva diaria bajo los términos de la economía política de un género que se abre camino con mayor esfuerzo, con exceso de brillantez, con audacia. Requiere, así mismo, observar las ausencias que consolidan una presencia concreta que muchas veces está destinada a ser mitigada, silenciada. No es casual, el libro que aquí se presenta lo cuenta, que en los pies de fotos se ponga un “licenciados” para describir a diversos diplomáticos que el periodismo gráfico exhibe en los medios, aun cuando en la foto aparezca una mujer que tiene un título superior al de sus pares (el uso del masculino no es mera economía lingüística): hablo de Rosario Castellanos, cuando no se la reconoce con su título de maestría. Y el acto de no reconocimiento, vela, desdibuja, desaparece el reconocimiento singular de una trayectoria única y en este caso, no casualmente tampoco, femenina. Así lo escriben Liliana Chávez e Itzel Toledo, en un ejercicio de memoria histórica que le devuelve a esta embajadora un lugar desde un pasado que ilumina las luchas actuales. Y le da centralidad, claro.

Finalmente, aquello que se señaló de la labor investigativa, toma cuerpo en las páginas de este libro: la

simbiosis que detalla desde la centralidad de la biografía como documento histórico, como narrativa conectada con una vida particular, desde las voces femeninas que se dicen a sí mismas, abre la posibilidad de visualizar la conexión entre el relato biográfico y la historia, lo que lleva la mirada al accidentado y complejo proceso por el cual las mujeres se construyen como sujetos históricos, al decir de otra de las autoras, Jéssica Méndez Mercado.

Concluyo, aunque no debiera, porque un libro siempre queda abierto, citando a Lacan, que afirma que “es cierto que el decir se juzga por las consecuencias de lo dicho.

Pero lo que se hace de lo dicho queda abierto. Pues puede hacerse de él un montón de cosas...” Quisiera agregar, entonces, que es tiempo, pues, de hacer ese montón de cosas, y esta obra que se presenta, queda abierta en su potencial emancipador de decir la historia desde otra historia.

SONIA SANAHUJA

Universidad Latina de América